

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 2º de Cuaresma)

“ Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente dos hombres conversaban con él, eran Moisés y Elías que aparecieron con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras estos se alejaban, dijo Pedro a Jesús.” Maestro, qué hermoso es estar aquí. Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. NO sabía lo que decía . Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: “Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle “. Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto”.

(Lucas 9,28b-36)

La Palabra, en este 2º Domingo de Cuaresma, nos acerca a la experiencia que vivieron Pedro, Santiago y Juan, cuando Jesús los llevó con Él a la montaña.

En la montaña encuentran un espacio de serenidad y silencio, un espacio dónde silenciar ruidos e inquietudes que facilite el encuentro con Jesús transfigurado. Una experiencia de luz sorprendente, de adhesión gozosa al Dios hecho presente en Jesús.

En la montaña, Pedro Santiago y Juan se reencuentran con Jesús, luz que va a iluminar sus caminos y sus vidas. En la montaña, la voz del Padre les confirma que en Jesús se ha hecho presente la Palabra. En la montaña descubren que quien escucha y acoge esta Palabra, queda transfigurado y su vida adquiere un brillo nuevo, la alegría que brota de vivir en la luz y en la verdad .

Que nos dejemos conducir a la montaña, que encontremos allí descanso, abandono sosegado que restaura, que nos ayude a silenciar, a aquietarnos en Él. Que seamos capaces de escuchar y acoger su Palabra, de escucharle en el acontecer de cada día, en la fragilidad de nuestros hermanos más necesitados.

Y que bajemos de la montaña con la ilusión y el compromiso de compartir la experiencia de la luz y la serenidad que brotan de Jesús, que desde ella anunciemos que es tiempo de confiar y soñar, que nos acerquemos a las realidades humanas y descubramos en ellas , todo lo que tienen de luz y esperanza.

ORACIÓN

En el ritmo,
del quehacer cotidiano
que a veces dispersa
y bloquea

y ante los múltiples frentes
que la vida me presenta,
necesito, Señor,
subir contigo a la montaña.

Necesito dejarme llevar por ti
y encontrar espacios
donde descansar,
donde serenarme.
Necesito silenciar
todo lo que es ruido
e inquietud.
Todo lo que rompe
la armonía y la unidad en mi.

Y vuelves, Señor,
a ofrecerme en la montaña,
la experiencia luminosa
del encuentro contigo.
Que tu cercanía
se haga presencia reconfortante,
serenidad unificadora,
experiencia vital fundante
que reafirme la fe
y dinamice la esperanza.

Que la claridad de tu luz,
me ayude a contemplar
con ojos nuevos y compasivos,
la realidad sufriente
de tantas gentes
que caminan desconcertadas,
abatidas,
ante sus vidas empobrecidas,
frágiles, sin rumbo y sin futuro.

Que la Palabra del Padre
vuelva a resonar en mi,
como su voz llenó de presencia, la montaña :
“Este es mi Hijo amado,
escuchadle”.

Queremos escucharte y acogerte
en tu Palabra,
que cada día ilumina y orienta,
fortalece y sosiega.

Queremos escucharte
en la brisa y el viento,
en cada mañana
y en cada atardecer
y en todo lo que ,
a lo largo del día y de la vida,
nos regalas.

Queremos escucharte
en las palabras y en los rostros
de los que caminan a tientas,
de los que buscan,
de los que sueñan,
en su fragilidad y en su resistencia.

Queremos escucharte
en el silencio,
donde todo se funde en la unidad del Misterio,
donde se gesta la vida
y se hace recia, la fe.

Que fortalecidos en tu luz y en tu Palabra,
bajemos de la montaña
con la ilusión y el compromiso
de compartir la experiencia
del encuentro luminoso contigo.

Que gritemos a los vientos,
que aún es tiempo de confiar y perdonar
de soñar y creer.

Que, en nosotros está,
descubrir en las personas,
en los acontecimientos,
en toda realidad humana,
lo que en ella hay de luz, de posibilidad,
de Presencia y de Vida.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

